

4

POR LA ESCUELA CUBANA EN CUBA LIBRE

Viejas Postales Descoloridas

“LA SEGUNDA DE ALHAMBRA”

ERA la tanda en que siempre, o por lo menos, durante muchos años, se «acababa el papel». La obra de éxito se le ofrecía al público corrientemente a esa hora—las nueve y media de la noche—cuando empezaba a «aflojar» la entrada, pasaba por algunos días a tercera; después a primera, y de ahí desaparecía para descansar un tiempo prudente en el archivo; y se reprisaba, según su importancia y el efecto que había causado en el público, más o menos pronto. El cartel de Alhambra se regía por una ley inflexible que aplicaba sistemáticamente la empresa del teatro: si la obra era de importancia, se estrenaba el viernes; si era un juguete cómico ligero para rellenar y pasar el tiempo, el martes, y nunca dejó de cobrar ningún autor, cuando menos, ocho o diez representaciones de su obra si el público no la rechazaba en la primera.

La segunda tanda de Alhambra, le servía de punto de reunión a media Habana; y si decimos que pasaba otro tanto con los vecinos del interior de la isla, no nos engañamos.

—Te espero en la segunda de Alhambra—era la frase corriente entre los compañeros de la Lonja, del Foro, etc., etc., o la cita que al separarse los compañeros de viaje se daban en la Estación Terminal, antes de encaminarse cada cual a su respectiva posada.

Por lo general «se acababa el papel» en la segunda tanda. Una tanda bullidora, hirviente, donde como enormes mariposas se agitaban los numerosos abanicos que aun unidos a los grandes ventiladores de alas pendiente del techo y a los pequeños metálicos de las paredes laterales y a los grandes ventanales abiertos a uno y otro lado de la sala, resultaban insuficientes para refrescar la calurosa y pesada atmósfera que se respiraba: solamente un espectáculo tan atrayente y simpático como aquel de Alhambra podría mantener al público sin la menor protesta en aquel horno, donde rompían de continuo las carcajadas estruendosas, los calurosos aplausos y los «bravos! saturados del fuego de la enardecida sala, y del regocijo que colmaba todos los pechos... Uhtoff, el periodista mejicano, marcando las jotas con fuerte expresión siniestra, decía:

—¡Viejo: este es el teatro del regocijo!

Afuera, en el café del vestíbulo, se iba aglomerando la otra tanda; y entre el mosconeo del público, oíase el vocerío de los vendedores que, según la importancia de la obra, cobraban ochenta centavos y hasta un

- P o r -
FEDERICO VILLOCH

peso por la luneta; el pregon de los vendedores de postales, libros y abanicos y el del negro Sandunga como una cantinela monótona, siempre en el mismo tono:

- Los cuplés de Acebal, y vale medio.
- El argumento de la obra, y vale medio.
- Postales de artistas, y vale medio.
- Boleros con su letra, y vale medio.
- El Guajiro y la Corista, y vale medio.

Los maldicientes y murmuradores—que son los que en los espectáculos públicos suelen frecuentemente encontrarse entre los que no pagan sus entradas—propalaron un tiempo la especie de que en el elenco del teatro Alhambra figuraban en mayoría las viejas y los viejos; y ello no carecía de verdad, hasta cierto punto. Aquella casa, a fuerza de años, y obligada por las consideraciones, se fué poco a poco convirtiendo en una de Beneficencia. Durante mucho tiempo no existió la Sociedad protectora de los artistas, que se fundó recientemente, y no le parecía humano a aquella empresa que se echaran a la calle elementos que la habían acompañado desde su fundación, brindándole los encantos y las primicias de sus años mozos. Seguramente esos murmuradores de entonces son los que truenan hoy en los mítines contra la explotación de los burgueses que dejan a sus «viejos obreros» en el mayor desamparo. Pero, volviendo a los viejos histriones: unos murieron; otros, por su voluntad se retiraron para dedicarse a distintas y más provechosas actividades; a algunos se les señaló una modesta pensión que conservaron hasta la hora de su muerte; y por todo ello fué adquiriendo aquel mal comentado elenco la novedad y frescura que se deseaban. Llegando sobre todo a crecer un coro—como se le llama ahora, de «segundas triples»— que como dirían los «indoros» del género, tenían «iribilla» y «rabla en el tablero». Allí Candita, Mercedita, Lupita, la Rubia de Plátano; Teresa; la Oriental; la Camagueyana y muchas más y no pocas que cuando la Danza de los Millones al canon el pináculo con que sueñan estas estrellas de sexta magnitud, subiendo unas a grandes señoras y convirtiéndose otras en respetables consortes.

libert

AI
ses
sapire
de pro

8.—Soate
princ
te
omano
tenci

3.—Propu
te
ne sol
adfo

ganiz
funda
pirt
cienc
fios

4.—Recab
urban
del E
post
piert

5.—Proci
trada
nos

6.—Juga
nacio
go
cuban
pecc
bañá

7.—Redu
dado
gan

8.—Lata
PATRIMONIO DOCUMENTAL

LA SEGUNDA TANDA DE ALHAMBRA EN CUBANA EN CUBA LIBRE

La segunda tanda de Alhambra tenía sus asiduos que iban indefectiblemente todas las noches y ocupaban la misma luneta de cabecera, separada de antemano por un revendedor de su confianza, Gentes del foro; del comercio de la industria que ya conocían las obras, y hasta se las sabían de memoria, y que dejando «su punta de sueño», abrían los ojos en determinados instantes para dirigirlos, interesados o amorosos, sobre la artista de su predilección; o, con menos intención pecaminosa, deleitarse oyendo éste o aquél número criollísimo de su gusto. El respetable y querido señor Mediavilla, que fué gerente-administrador del periódico «El Mundo» muchos años, en mucho tiempo no dejó de dormir su sueño de nueve y media a diez y media en su luneta cabecera de quinta fila. El Sr. Hidalgo, viejo banquero hemipléjico que se acompañaba de un fiel criado, tampoco dejó la suya de la segunda fila, en la propia tanda, hasta el día antes de su sentida muerte. Muchos conocidos severos jueces e ilustres señores magistrados del Supremo —Castro, del Cristo, Almagro, etc., etc.— rumiaron más de una vez sus sentencias, condenatorias o absolutorias, en aquella su tanda preferida, viendo y juzgando la vida con mayor bondad, a través del buen humor que respiraban las obras. Si nos pusiéramos a citar nombres conocidos, no tendríamos para cuándo acabar. El bandolero «Arroyito», tan perseguido y buscado por la Justicia, declaró al ser, al fin, capturado, que acostumbraba a asistir con frecuencia a la segunda tanda de Alhambra, convenientemente disfrazado, y ocupando siempre distinta luneta para no llamar la atención...

Una noche, representándose en la segunda tanda la chistosa obra del maestro de saineteros, Ramón Merales titulada «Tarjetas Postales», detrás del palco destinado a los concejales del Ayuntamiento, y que se hallaba junto al escenario y a la izquierda del público, un vigilante de Policía que sufrió en aquel momento un súbito ataque de locura desfundó su revólver inopinadamente; y disparó sus siete tiros sobre los artistas; que en aquel instante se encontraban en gran número en el escenario, con el consiguiente número de curiosos entre cajas y los espectadores de los grills de la derecha del mismo; y a la sazón en que, con gran regocijo del público, cantaba Regino López, secundado por el coro general, los couplés de los «Pecados Capitales». En el momento en que se dirigía a una de las segundas triples que personificaba la «Avaricia», y le cantaba:

—La avaricia rompe el saco
 un refrán nos da a entender;
 pero aunque el refrán lo diga,
 no te lo...

se disparó el susodicho vigilante con sus siete disparos, uno detrás del otro sin parar; y ya pueden ustedes imaginarse el pavoroso corre-corre que se desarrolló en el teatro. Por un milagro de Dios, nadie absolutamente fué herido por ninguna de aquellas balas que pasaron silbantes por encima de las cabezas de los músicos de la orquesta y por entre los cuerpos de los artistas. La ballarina italiana Tina Tuvatti, que se encon-

traba peinándose en su camerino en el segundo piso del escenario, y que tenía en una mano un frasco de loción para el cabello, se quedó con la base del pomo entre los dedos, viéndolo deshecho en cien fragmentos por un balazo que fué a dar a aquel sitio. Los espectadores, presas del mayor pánico, se lanzaron a todo correr para la calle; resultando con la pierna derecha quebrada uno que se arrojó sobre las lunetas, desde un delantero de tertulia que ocupaba; y por ahí anda el hombre con sus muletas. ¡Si se acordará el tal cojo de la segunda tanda de Alhambra!...

Ora segunda tanda memorable de aquel teatro: una noche, allá por el año 1906, o 7 u 8, o 9... en que se declaró un incendio en la guardarrófia del escenario, contribuyendo a extinguir el voraz elemento el numeroso público que, como de costumbre, llenaba todas las localidades; y el cual, muy complacido de haber salvado de las llamas a su querido teatro, continuó después viendo la función como si tal cosa no hubiese sucedido.

Próxima a terminarse la segunda tanda el actor, director de la compañía, Regino López, que se encontraba en escena, anunció al público la noche del 28 de febrero de 1914 la sentida muerte, ocurrida en aquel momento, del gran patriota, D. Salvador Cisneros, marqués de Santa Lucía, a los 86 años de edad; suspendiéndose inmediatamente la función y retirándose la concurrencia con el mayor respeto.

Durante una segunda tanda de Alhambra llegó al Palacio de la Plaza de Armas, donde residía el primer Gobierno interventor americano, el cablegrama en que el Presidente de los Estados Unidos, entonces Mr. Teodoro Roosevelt, anunciaba al pueblo de Cuba su decidido propósito de que se proclamara, en término de meses, el Gobierno propio de la República Cubana, y fué leída ante los espectadores de aquella tanda, con el regocijo que es de presumir, la «última Hora» de un periódico que tan agradable noticia lanzaba a la publicidad; ¡Y ved ahí que la primera ovación pública que se le tributó a la República Cubana, tuvo lugar en la sala del popular teatro Alhambra!...

La Alhambra, en fin, fué tan consecuente con su público, que, cuando en la triste noche del 18 de febrero de 1935 determinaron los hados que había llegado su última hora, en su deseo de no causarle daño a nadie, esperó a que terminara la función y hubiese abandonado el vestíbulo el último de sus favorecedores de tantos años, para echar abajo un insignificante cobertizo del café; cuyo inesperado contratiempo determinó el cierre del teatro y su transformación en el salón cine que hoy lo ocupa.

Frecuentemente se oye decir—desalentados— a los que acostumbran salir de sus casas en las primeras horas de la noche para dar un paseo por la ciudad:

—Falta algo en La Habana.
 Y se les podría contestar:
 —Efectivamente, amigos: falta la segunda tanda de Alhambra.
 Pero, como cuando se le muere a uno un ser querido; que el tiempo va restañando la herida; que se va uno acostumbrando; y que al cabo sólo queda una cicatriz indolente...
 ¡Pobre Humanidad si no fuera así!

El País, Jun 27/37

1.-Este a
 xión o
 librar
 AL
 sea sa
 sapir
 de pro
 2.-Sost
 primo
 te, e
 emano
 fencia
 3.-Propu
 te, de
 ne sof
 solo e
 gurias
 fundar
 pirar
 cione
 ticas
 4.-Recar
 urban
 del E
 poste
 piete
 5.-Procl
 Grba
 nos y
 6.-Jueg
 nacio
 co, co
 cupa
 pece
 daba
 7.-Redu
 daba
 gan a
 PATRIMONIO
 DOCUMENTAL
 OFICINA DEL HISTORIADOR
 DE LA HABANA